

EL CONTEMPORANEO.



Edición de Madrid.

MADRID.—12 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo.—También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta calle de Carretas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Viernes 27 de Junio de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poder el importe en la Administración por una persona, ó en el pago directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 459.

MADRID.

26 DE JUNIO.

El juego de los carbonos se hace tablas. Esto es lo mejor para que nadie pierda en la partida. Nosotros reconocemos y confesamos que la situación es sumamente moral.

Pero también confesamos y reconocemos que si lo que pudo costar siete duros costó diez, repitiendo esta operación cien mil veces, resulta, que el país ha perdido seis millones de reales.

Ahora, elijan Vds. para juzgar del negocio, entre la moralidad y las matemáticas.

Los vicalvaristas podrán decir todo lo que quieran; pero en esta cuestión riñen los números y las palabras ministeriales.

La comisión opina que el expediente de los carbonos vuelva al gobierno.

Entre los individuos de la comisión están los que piden el expediente de los carbonos.

En qué quedamos? Si votos, ¿para qué rejas? Si rejas, ¿para qué votos? Si se pidió, ¿para qué se devuelven? Si se devuelven, ¿para qué se pidió?

«Cosas de los vicalvaristas!»

«La responsabilidad es del ministro,» dicen que decían varios individuos de la comisión.

Aplicámosle la lógica en presencia del dictamen: «Puesto que se nos figura que si en el expediente hay responsabilidad es del ministro, vuelva al ministro el expediente.»

Redactando con esta lógica un artículo de la ley de imprenta, diría poco más ó menos lo que sigue:

«Todo periódico denunciado tendrá el derecho de juzgarse á sí mismo.»

Figúrense Vds. cuántas multas se pagarían entones! ¿Pues figúrense Vds. cuántas responsabilidades se exigirán ahora!

El gobierno es muy honrado; los funcionarios públicos son muy honrados, nadie lo niega ni lo duda, pero tampoco nadie duda ni niega que el contratista de los carbonos se embolsó muy honradamente cien mil duros.

Al ver cómo este último tuvo el honor de adquirir esa lícita ganancia, ya no puede decirse que honra y provecho no caben en un saco.

Volvamos á la comisión, que es quien ha dado mas vueltas al expediente, inclusa la vuelta que le hace dar hacia las regiones ministeriales.

Parece que La Época escribía hoy en tono profético el siguiente parrafito, para colocarlo al pie del dictamen:

«De esta suerte, es imposible la reproducción de sucesos que en balde se trata de borrar de la memoria del país: de esta suerte es imposible la mala gestión de los intereses públicos, y la calumnia es impotente ante la discusión y la publicidad.»

Pero no es eso lo peor, sino que la La Correspondencia, hablando del mismo negocio, añade: «Estando tan próxima la discusión de estos asuntos en las Cámaras, rogamos á nuestros colegas tengan un poco de paciencia, que siempre les llegará demasiado pronto un desengaño.»

Y tan pronto como que nos ha llegado al leer el dictamen de la comisión.

Las riñas de familia tienen de malo el escándalo que causan entre las gentes, pero en un cambio tienen de bueno que terminan con mucha facilidad.

Por eso nosotros, al ver armada la gresca, decíamos con la mejor buena fe: «Vamos, señores, arreglénselo Vds., que al fin y al cabo, todos son unos.»

La Época, para confundir á los opositores, esclama casi en lenguaje bíblico: «Mañana... la luz se habrá hecho.»

Mas valia que se hubiera hecho en tiempo oportuno, y al justo precio, la contrata de los carbonos.

Que la luz se haga ó no se haga importa poco, porque los amigos del gabinete han alumbrado ya el asunto lo bastante para que el país lo vea.

Lo que sentimos es que el ministro de Marina se apresurase á llevar á las Cortes el expediente de los carbonos, porque, en nuestra opinion, salvo el dictamen del Sr. Goicoechea, debe volver al gobierno.

Dice el refrán, que bien está San Pedro en Roma, y los vicalvaristas deben decir que bien están los expedientes en los ministerios.

Con este motivo, los diputados que tienen billetes para marcharse, los puedan aprovechar, sin que su ausencia perjudique á la patria.

Los Cortes estarán dentro de un par de dias tan cerradas como está la casa del conde-duque para el Sr. N.

«No ha movido el tal Sr. N. mala polvareda en la tertulia!»

Figúrense Vds. que, según nos dice esta noche La Correspondencia, el conde-duque ignora quién es el otro correspondiente que se firma Ruperto, y como deseará cerrarle su casa, lo mismo que al Sr. N., anda buscándolo entre todos sus amigos.

Será cosa de ver á los asistentes á la tertulia, diciendo por lo bajo cuando el conde-duque les dirija una mirada: «¿Señor, yo no soy!»

Desde el momento en que S. E. les cierra las puertas, no se encontrará un vicalvarista que tenga el valor de firmarse detrás de su apellido el Sr. N. ó el Sr. Ruperto.

LA MORALIDAD DE LA ACTUAL SITUACION.

Nada hay mas merecedor de censura que el inmoderado afán con que los vicalvaristas pretendieron acusar á todos los partidos, arrojando sobre ellos afrentosas manchas, que solo tenían fundamento y existencia en la mente de los injustos acusadores. Hace algunos años que se procura explotar la palabra moralidad en provecho de ciertos hombres, pero no diremos nosotros que no la merezcan, porque no acostumbramos á dudar de ninguna persona mientras no la condenen los tribunales, pero tampoco creemos que hay motivo para hacer una especie de sautos de esos personajes, que como cada hijo de vecino, tendrán sus pasiones, sus defectos, y las cuajidades buenas y malas que son inherentes á todo lo de este mundo. El ponderar mucho la moralidad de las acciones los mismos que las ejecutan, ya es un mal precedente, y manifiesta cierto deseo de curarse en salud, deseo que nunca le ocurre al que se juzga completamente sano de cuerpo y alma. Si la situación se propuso ser moral, si lo es en efecto, y de ello está satisfecha, ¿á qué vienen esos alardes inmodestos, esas vanas palabrerías y esa ostentación tan fuera de lugar y de motivo? Siempre los que, como suele decirse, viven sobre el país, tienen el sistema de ir por todas partes ponderando sus falsas riquezas, para embaucar al público, y nosotros sentiríamos que nadie se atreviese á atribuir ese móvil á la situación vicalvarista.

Por lo demás, y en cuanto á la parte de moralidad se refiere, si el vicalvarismo entiende por ser moral, no asesinar ni robar al prójimo, nosotros declaramos, que ni entre los vicalvaristas, ni entre ningún otro de tantos partidos hay en el mundo, existe mas hombre immoral que aquel á quien los tribunales hayan condenado y condenen por ladrón ó por asesino. Pero como es pre-

ciso hacer distinciones y dar mas latitud á la palabra, puesto que nosotros creemos que ni la moralidad política, ni la moralidad social se reducen á esos dos puntos, añadiremos, que haciendo abstracción de ambos y fijándose únicamente en lo que nadie se atreverá á calificar de moral, como es la apostasia, y la ingratitud, y la inconsecuencia, y la deslealtad, y la falta de palabra en asuntos políticos, y otras muchas cosas por el estilo, no ha habido nunca en España hombres mas inmorales que los vicalvaristas. ¿Pues qué, todo consiste en agarrar el dinero de las arcas públicas y meterlo en el bolsillo? Si todo consistiese en eso, llamaríamos solamente inmorales á los numerosos funcionarios que durante la dominación del vicalvarismo se han alzado con los fondos del país, y á quienes la ley castiga. Pero hay otra clase de inmoralidad, quizá mas peligrosa, quizá mas espuesta á graves perjuicios, y de esa inmoralidad no se halla exento ninguno de los hombres que pertenecen á la actual situación.

El que conspira contra el gobierno establecido y altera el orden público por satisfacer sus personales ambiciones... es immoral.

El que engaña á sus amigos y abusa de la confianza que en él se deposita... es immoral.

El que falta á su palabra y no cumple lo que ofreció, ya lo prometiera en la desgracia ó en el triunfo... es immoral.

El que abandona su bandera y reniega de sus antecedentes y se pasa al campo enemigo por un pedazo de pan... es immoral.

El que olvida los beneficios recibidos y paga con desengaños los favores, volviéndose contra quien le dió la vida... es immoral.

El que se liga á una situación, y aunque conoce los inmensos males que produce al país, no se aparta de ella por no perder un destino... es immoral.

¿Y todavía tenéis bastante audacia para ponderar vuestra moralidad y vuestra pureza, cuando todo el mundo os señala con el dedo, acusándoos de haber olvidado las mas ligeras nociones de gratitud, de lealtad, de consecuencia y de abnegación?

Os habéis encastillado en el círculo estrecho de la moralidad del no roba, porque, en vuestra opinion, no hay ras hombre moral que el que no se apodera de lo ajeno, y hacéis bien, puesto que es el único sitio de donde los que conocen las leyes del país, y saben respetar á los demás, y respetarse á sí mismos, no os arrojarán mientras no hubiere un tribunal que os arroje. Ahora se han presentado ante la opinion pública dos negocios, en los cuales parece que existe criminalidad, y sin embargo, nosotros nada os decimos, porque no sabemos contra quién la criminalidad puede recaer.

El día que lo sepamos, llamaremos, no immoral, sino defraudador de los intereses del país, ó calificaremos con el dictado que le aplica el código á quien lo merezca; pero no por eso estendremos á todos, la misma infamante nota. Vosotros lo hacéis de otro modo, vosotros calificáis de la manera que os dá la gana, y sin pruebas legales, á partidos enteros, sin recordar que tenéis el tejado de vidrio.

Nosotros no acusamos hoy á nadie, absolutamente.

mente á nadie, pero os dirijimos la siguiente pregunta: Si después de haber despreciado la moralidad que nace de la consecuencia, de la gratitud, de la abnegación, del cumplimiento de las palabras, y de las demás condiciones que hacen al hombre recto en política, resulta, que durante vuestra dominación, ha habido tambien quien sea inmoral, defraudando en enormes cantidades al país, ¿á dónde ireis á guareceros? ¿Qué principio invocareis para aspirar al aprecio de la patria? ¿Justo castigo será ese por vuestros inmoderados alardes y por vuestras mezquinas pasiones?

Los ejemplos del favoritismo no se limitan solo á Madrid, ni se encierran solo en la repartición de honores y destinos: antes se extienden á otro género de valimiento que se prodiga con mano liberal á las personas importantes de las primeras poblaciones, con tal de que se declaren firmes sostenedores de la situación y den auxilio á la influencia moral en todo linaje de empeños, y singularmente en los electorales. De esta suerte ha venido á formarse en cada ciudad una especie de oligarquía poderosa.

Verdad es que el gobernador de la provincia puede moderar los ímpetus y pretensiones de estos engraidos magnates. Pero si es débil y apegado al empleo, no los contiene, ni los dirige, sino que los complace en todo y por todo, dominado por un involuntario temor de malquistarse con ellos. En cuanto al impotente enojo de las gentes menudas, el gobernador se atreve á arrostrarle, aunque pongan el grito en el cielo, juzgándose ofendidas por el pesado y gran predominio de los proceres.

En Málaga, cuyo gobernador es débil y harto complaciente con los dichosos, se nota mas que en ninguna otra ciudad fenómeno tan deplorable. Hará cosa de mes y medio ó dos meses que se puso esto mas claro que nunca con las desavenencias que se originaron entre el ayuntamiento y el Sr. Gueroa.

Desde tiempo inmemorial está destinada en Málaga la playa. Llamada de los ciegos á baños públicos de mar. Puede, por lo tanto, afirmarse que aquel sitio es de aprovechamiento comunal. Así es que el ayuntamiento, fundándose en lo dispuesto en el párrafo 2.º del art. 80 de la ley municipal, en la jurisprudencia constantemente observada, y en las disposiciones de las leyes 3.ª y 4.ª, título 25.º, partida 3.ª, y reconociendo que, si las aguas entran en la clase de aprovechamientos vecinales, solo al ayuntamiento pertenece arreglar su disfrute, prohibió á un particular, á Sr. Antofiana, que edificase en el mencionado sitio, llamado baño de los ciegos. El Sr. Antofiana, que es un Sr. Treserra en pequeño, acudió entones al gobernador, quien revocó el acuerdo del ayuntamiento y concedió el permiso que se le pedía.

Los baños del Sr. Antofiana se están, pues, construyendo, ó estarán ya construidos, á pesar del ayuntamiento de aquella ciudad, y la gente pobre se ha quedado sin un lugar cómodo donde bañarse, á menos de pagar al Sr. Antofiana un tributo superior á sus recursos pecuniarios.

El ayuntamiento, entre tanto, defiende los intereses de la clase mas numerosa de la población y el propio derecho de intervenir en estos asuntos, derecho que cree desconocido por el gobernador civil. En esta persuasión, ha acudido el ayuntamiento con una reverente esposición á S. M., quejándose del gobernador civil, y declarándole voluntariamente suspenso en el ejercicio

de sus funciones hasta que este negocio se arregle. Pero como la cuestión va á ser decidida en el Consejo de Estado, mientras se decide, pasará el verano, la gente pobre de Málaga riñará y no se bañará, y el Sr. Antofiana se reír y cobrará su tributo de todo el que guste de bafiarse cómodamente.

Ayer llegaron á nuestros oídos noticias desagradables, pero tan contradictorias, que no podemos saber cuál es de cierto nuestra situación. Unos nos han dicho que estamos denunciados por el número del miércoles; otros que se nos demandará de injuria y calumnia.

Poco nos extrañaría lo primero; pues desde que asomó por el horizonte político el negocio de los carbonos, presuimos que seria en vano abordar con cautela, para evitar contratiempos, porque en circunstancias parecidas siempre se ha desfogado el poder contra las oposiciones; pero nos sorprendería en gran manera que se intentase una demanda de injuria y calumnia.

El CONTEMPORANEO pone especial cuidado en no injuriar ni calumniar á nadie, pues no es ese su sistema de ataque. Al tratar del negocio de los carbonos, no hemos querido hacer responsable á persona alguna determinada de los perjuicios causados á los intereses públicos; primeramente, porque no conocemos los hechos con la minuciosidad que los individuos de la comisión; después, porque el proceso está en sumario, por decirlo así; y no es digno ni conveniente hacer inculpaciones aventuradas. El ministro de Marina ha dicho francamente que en el negocio de los carbonos hay irregularidades graves, cuya consecuencia precisa ha sido la salida de algunos millones del tesoro; esto mismo repetimos nosotros, sin designar personas, y deseando ardentemente que, si es posible, no resulte ningún culpable.

En qué, pues, pudiera fundarse una demanda de injuria y calumnia, á que contestáramos con el testimonio de nuestros escritos?

Los periódicos ministeriales, y en especial el mas autorizado de ellos, La Correspondencia, han publicado diariamente, y con gran satisfacción nuestra, todos los partes telegráficos que el Pontífice y algunos otros soberanos han dirigido á S. M. la Reina con motivo de su feliz alumbramiento.

Es extraño que los periódicos ministeriales no hayan insertado igualmente los partes telegráficos que con este motivo habrá dirigido el emperador de los franceses, porque hallándonos en tan buenas relaciones con el gobierno del vecino imperio, segun afirman los ministeriales, los partes del emperador han debido ser tanto ó mas afectuosos que en otras ocasiones.

Nos sorprende verdaderamente este silencio, casi inconcebible en La Correspondencia, y esperamos que lo subsanará en breve.

Parece que M. Barrot ha marchado definitivamente de Madrid, para no volver mas á su puesto.

El Sr. Calderon Collantes se va á hincar con tanto triunfo diplomático, y el día menos pensado revienta como una bomba.

El Sr. Calderon Collantes ha de dejar memoria por muchos años por su vanidad y por sus desaciertos. Jamás se ha conocido un ministro que se engría tanto con sus propios disparates.

Cuando La Época y La Correspondencia aseguraban que el embajador de Francia no saldría de

FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARÍS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE.—TERCERA PARTE.

EL TESTAMENTO DE GRANO DE SAL.

De pronto dió un grito terrible. Tenia su mano humedecida en un ácido que le habia quemado los labios como un hierro candente.

El vizconde, pálido y estremeado, recordó la extraña sensación de la noche anterior, cuando creyó que le rompian las sienas, y recordó estas palabras del groom John:

«Os he froto las sienas con un veneno indiano que paraliza el cuerpo.»

¿Pero no habia soñado?...

LIX.

Interín que M. de la Motriére se hallaba bajo el peso de una ansiedad imposible de describir, ocurría en el palacio de Passe-Croix una escena de otro género.

El baron y su mujer hablaban en voz baja en un ángulo del salon, mirando de cuando en cuando tristemente á su pobre niña.

Flavia estaba sentada al piano, y ejecutaba una polka con esa vertiginosa animación que anuncia la demencia de la pobre niña.

«¿Pobre Flavia! murmuró Mad. de Passe-Croix, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

Flavia se alejó bruscamente del piano.

—Mamá, dijo: ¿no ha vuelto aun mi marido?

El padre y la madre se miraron consternados.

«Es singular! prosiguió la jóven: siempre que os hablo de mi marido aparentais no saber de qué os hablo.»

El baron y la baronesa callaron y bajaron la mirada.

—Y sin embargo, continuó: habto bien sabeis que hace quince dias me he casado con M. Alberto

Morel que es un perfecto caballero, y al cual amo... ¡Ah! querido Alberto...

—Hija mia, dijo la baronesa: estás indispueta: debes tener calentura... ¿Por qué no vas á descansar?

—Pero, ¿á dónde ha ido mi marido? preguntó Flavia.

Y como no le contestaron, se echó á llorar.

Su madre la estrechó contra su pecho.

—Ven, le dijo: vamos al jardín... El aire libre te aprovechará.

Y la condujo fuera del salon, dejando á M. de Passe-Croix profundamente abatido.

A penas se hubieron alejado ambas mujeres, entró un criado llevando una carta en una bandeja.

«El baron miró el sobre de la carta, y se estremeció al reconocer la letra de su hijo. En efecto, aquella carta estaba escrita por Victor, y decía así: «Padre mio: «Para salir á oficial, necesitaría pasar un año mas en Saint-Cyr, pero graves motivos me impiden hacerlo. Mi primo Pablo y yo acabamos de senfar plaza en un regimiento de cazadores de Africa. Adios, padre mio: vuestro hijo: «Victor.»

Al acabar de leer esta carta lanzó el baron de Passe-Croix un grito ahogado.

—¡Oh! dijo: ¡Estoy maldito!...

En este momento se oíó un campanillazo.

Apareció de nuevo el criado, y presentó una tarjeta á su amo.

—¿Quién es? preguntó el baron impaciente.

Y fijó la mirada en la tarjeta, leyendo: «Sr. John, médico anglo-indiano.»

—Señor, ese caballero insiste en que necesita veros.

—Que entre, dijo el baron.

El médico anglo-indiano, sr. John, al cual conocen nuestros lectores, se presentó vestido de negro de pies á cabeza.

Saludó al baron con una rigidez enteramente británica, y le dijo:

—Mil perdones, señor baron, por haberme presentado así sin tener el honor de ser conocido en vuestra casa.

—Caballero, dijo el baron; vuestra tarjeta anuncia que sois médico.

—Médico que ha consagrado su vida á estudiar la demencia.

El baron se estremeció.

—Ahora bien, continuó sr. John: yo profeso la medicina simplemente por amor al arte; pues he ganado al servicio del bajá de Singapur una fortuna inmensa.

He venido á París á estudiar la demencia como la he estudiado en la India; donde hice curas maravillosas.

—¡Ah, caballero! ¿Si curáis á mi pobre hija! exclamó el baron: os daría la mitad de mi fortuna.

—Caballero, contestó sr. John sonriéndose; ya he tenido el honor de decirlos que no ejerzo la medicina por ganar dinero; y si he venido aqui es por que tengo la esperanza de devolver la razon á vuestra hija.

El baron asió las manos de sr. John y se las estrechó.

—De veras? dijo: ¿la curaréis?

—Sí, señor.

—¿Completamente?

—En muy pocos dias, si su locura es tal como me la han pintado.

—¡Ah! ¿Os han descrito su locura?

—Sí, señor.

—Vuestro hijo.

El baron palideció.

—¿Conocéis á mi hijo?

—Soy amigo suyo.

M. de Passe-Croix sintió palpitárle el corazon de una manera extraña.

—Creo, dijo, que mi mismo hijo habria podido presentaros.

—Vuestro hijo ha marchado esta mañana á Marsella.

La frente del baron se oscureció.

El médico anglo-indiano continuó:

—Los hijos del trópico poseemos un medicamento especial: los venenos. Nos valemos de lo que mata para curar. M. Victor me ha comunicado acerca de la demencia de su hermana algunos detalles indispensables.

El baron frunció el entrecejo.

—Tranquilizaos, caballero, se apresuró á decir sr. John; el médico es un segundo confesor: su co-

razon es una tumba. El médico sabe guardar los mas terribles secretos.

—Luego dijo el baron con voz trémula; sabreis... —Se, que un miserable ha trastornado los sentidos á Mlle. Flavia... y que la locura que la aqueja es la locura de amor.

El baron inclinó la cabeza.

—Pues bien: el solo medio de curar esa demencia, es el olvido.

—¿Cómo?

—Es preciso hacer un paréntesis en el ánimo de Mlle. Flavia; durante la víspera del día en que conoció á M. Alberto Morel.

—¿Sabéis su nombre?

—Vuestro hijo me lo ha dicho.

—Os escucho, caballero, murmuró el baron suspirando.

—Os decía, pues, caballero, que es absolutamente indispensable que olvide todo: cuanto le ha ocurrido desde aquel día hasta hoy.

—Y conseguiréis ese resultado?

—Lo obtendré, contestó sr. John con acento de la mayor convicción.

—¿Y mi hija, recobrará la razon?

—La razon y la alegría. Perderá el recuerdo de ese hombre.

—Pero al menos se admirará de...

—Será fácil persuadirla de que ha sentido una emoción violenta, un grande terror, á causa del cual perdió momentáneamente la razon.

—Y tambien esperais obtener eso por medio de ciertos venenos? preguntó el baron.

—Sí; pero tranquilizaos: esos venenos los uso en dosis infinitesimales.

—¡Ah!

—Y nada tenéis que temer por vuestra querida hija.

—Será muy larga la curacion?

—Tres ó cuatro dias.

—¿Cómo? ¿en tres ó cuatro dias podéis curar á mi hija?

—Sí, señor.

Sr. John hablaba con tal convicción, que el baron creyó en sus palabras.

—Empezaremos, cuando querais, caballero, añadió.

—Al momento; al momento! dijo el baron.

Sr. John se sonrió.

—No, dijo: será esta noche. De noche es cuando se debe empezar á operar.

—¿Pues bien! Esta noche...

—Será necesario que vea yo á Mlle. de Passe-Croix una hora antes, cuando menos.

—Caballero, dijo el baron: os ruego que comais con nosotros.

—Acepto, contestó sr. John.

Tomó el sombrero y se puso en pié.

—Esta noche, dijo, empezaremos la prueba. Hasta la vista caballero.

M. de Passe-Croix se quedó como aturdido. Luego que el doctor se hubo alejado.

La carta de su hijo, que tenia todos los visos de ser una despedida eterna, y la llegada de aquel desconocido se decía amigo de su hijo, que ejercía la medicina que gratuitamente, y se comprometía á curar á Mlle. Flavia; todo esto habia sido tan rápido, tan inesperado, que el baron se preguntaba si todo aquello era ó no un sueño.

Mad. de Passe-Croix entró en el salon.

—He conseguido de esa pobre niña que se acueste, dijo: ahora la dejo ya mas tranquila. ¡Dios mio! ¿Por cuán terrible prueba nos hacéis pasar!

El baron asió á su mujer por una mano.

—¿Y si la curasen? le dijo.

La pobre madre dió un grito.

—Sí, amiga mia; la curarán.

—¿Pero quién?

—Un médico inglés que acaba de salir de aqui, ofreciendo volver esta tarde.

—¡Ah! exclamó la triste madre; ¡son tantos los médicos que pretenden curar la demencia!

—¡Oh! el que ha estado aqui no se jacta de ello infundadamente: te lo aseguro.

—Pero ¿quién os ha hablado de él? ¿Sois vos quien le ha hecho venir?

—No: le envia Victor.

—¡Victor! dijo la baronesa estremeciéndose.

Y añadió con acento de la mas profunda amargura:

—¿Sabéis que la conducta que observa Victor desde que su hermana perdió la razon es muy extraña?

—¿Cómo? ¿Creeis?...

(Se continuará.)

